

esclarecida piedad, ofrecido desde la infancia á Monte-Casino, donde su memoria era venerada por su fidelidad en las observancias de la vida regular. No adquirió menos reputacion en la carrera de sus talentos, con particularidad en las artes liberales, de suerte que un autor de su tiempo decia, que el designio del Papa Urbano II en hacerle canceller habia sido el de restablecer en la iglesia romana el gusto casi aniquilado de la bella antigüedad (1). Durante todas las turbulencias del Pontificado de Urbano, Gaeta le fue siempre adicto y su mayor consuelo en las penas que le affligieron.

Un Papa de este carácter no podia ser del gusto de los partidarios del Emperador Enrique, especialmente cuando por la desgracia del tiempo y el temor de las divisiones habia sido preciso hacer la eleccion en un lugar secreto y con cierto aire de misterio. Luego que Cencio Frangipan, vendido al Emperador, lo supo desde su palacio que estaba inmediato, corrió á las armas con un tropel de furiosos: en un momento las puertas de la iglesia fueron forzadas. Cencio se arrojó al Papa, le asió por el cuello, le dió de patadas hasta ensangrentarle con sus espuelas, y arrastrándole por los cabellos á su palacio le cargó de cadenas. Los cardenales y todas las personas del congreso que no pudieron ocultarse por una pronta fuga, fueron del mismo modo arrestados y encerrados cubiertos de sangre.

Al ruido de este sacrilegio audáz, el pueblo en

(1) *Pandof. Alatr.*

todos los barrios, un gran número de señores seguidos de sus gentes, y hasta el prefecto, sin embargo de lo descontento que estaba con el clero, se armaron con indignacion, y corrieron al capitolio dando alaridos espantosos. Se enviaron diputados sobre diputados á los Frangipanes, pidiéndoles con amenazas el Vicario de Jesucristo; y á la primera vista del peligro el susto sucedió á la ferocidad en todos aquellos viles asesinos de los ungidos del Señor. Leon, uno de los Frangipanes, se arrojó á los pies del Papa, y le pidió la vida con el perdon de su crimen.

Libertado así Gelasio, no estuvo mucho tiempo tranquilo. El Emperador que no estaba muy distante, marchó prontamente á Roma para apoderarse segunda vez del Sumo Pontífice. Gelasio no tuvo mas tiempo que para ausentarse; y por medio de toda clase de incomodidades y peligros se fue á Gaeta su patria, donde bien pronto tuvo un numeroso cortejo de prelados y personas de la mayor consideracion, que de todas partes llegaron á juntársele. El artificioso Emperador envió tambien á manifestar al Papa el júbilo que habria tenido en asistir á su consagracion, y autorizarla con su presencia, y le convidó á volver sin temor á Roma, tanto para hacer en ella esta ceremonia, como para acabar de desterrar la discordia. Para caer en este lazo, tendido con tan poco disimulo, tenia Gelasio demasiado presente el modo con que Pascual II, y él mismo que le acompañaba, habian sido arrestados y tratados por aquel Príncipe que tomaba el tono de la benevolencia y de la cordialidad. Por

lo mismo respondió, que iba á hacerse consagrar inmediatamente, y que despues se le hallaria pronto á tratar de la paz y de la concordia en cualquier parte donde el Emperador quisiese. En efecto, sin salir de Gaeta, fue desde luego ordenado de sacerdote, y despues consagrado Papa en los primeros dias de Marzo, en presencia de una multitud de prelados y de señores, entre ellos el duque de Pulla y el Príncipe de Cápua; y todos le aseguraron de su fidelidad con el mayor celo y con juramento.

41. El Emperador irritado de no haber salido bien con su engaño, hizo inmediatamente elegir y consagrar como Papa á Mauricio Burdino, á quien llamó Gregorio VIII; pero la intrusion era tan notoria, que ninguno del clero ni del pueblo católico abrazó su partido: solos los guibertinos se declararon en favor de este nuevo Antipapa. El Pontífice legítimo se apresuró á escribir al pueblo y clero romano, á Francia y aun á España, á fin de preparar á los fieles contra estos nuevos peligros, y despues fue á celebrar un concilio en Cápua, donde escomulgó al Emperador y á su Antipapa. Burdino por su parte, despues de haber dado la corona imperial á Enrique, envió por todas partes bulas que no consiguieron casi en ninguna mas que el desprecio y la indignacion: él estaba entretanto en Roma como electo, y el Pontífice legítimo no se atrevió á entrar en ella ni aun secretamente hasta que los Príncipes normandos de Italia, que vinieron á su socorro, obligaron al Emperador á volverse á Alemania.

42. Habiendo creido entonces Gelasio que podia celebrar en la iglesia de Santa Prajedes, los Frangipanes que el temor habia reducido á sumisiones tan bajas, volvieron de nuevo á acometerle con las armas en la mano; hubo un obstinado combate á la puerta de la iglesia, durante el cual el Papa pudo escaparse, y montando precipitadamente en un caballo huyó á rienda suelta medio vestido con sus ornamentos pontificales. Las gentes del campo y especialmente las mugeres que le vieron correr á la ventura seguido solo de su cruciferario, daban gritos lamentables. Sus partidarios lo hallaron por fin agoviado y suspirando muy lejos de la ciudad, cerca de la iglesia de San Pablo, y le volvieron á llevar contra su voluntad, prometiéndole sacrificarse por su seguridad; pero á la mañana siguiente habiendo tenido consejo, les dijo: „hermanos míos, sigamos el egemplo de nuestros padres y lo que nos enseña la Escritura; pues que no podemos vivir en este Egipto, huyamos á lugares menos peligrosos: lo digo delante de Dios, quisiera mas no tener sino un Emperador por malo que fuese, que estar esclavizado por tantos tiranos subalternos. Un malvado en la independencia perderia á lo menos á los que fuesen mas malos que él, hasta que llegase el tiempo en que la justicia del Señor Supremo le juzgase á él.” Todos aprobaron el parecer del Papa, y este inmediatamente arregló todas las cosas necesarias para el gobierno de la Iglesia durante su ausencia.

Entonces fue cuando dió su bula con fecha de

primero de Setiembre en favor de Gautier, sacado á su pesar del claustro para la silla de Ravena (1). Desde el arzobispo Guiberto que fue Antipapa, esta iglesia habia estado en el cisma, y privada por los Papas de su jurisdiccion sobre las sillas de Plasencia, Parma, Reggio y Bolonia. Habiendo el último arzobispo reunido su pueblo á la iglesia romana, logró que Gelasio restituyese por su bula á la silla de Ravena todos sus derechos de metrópoli, concediendo á Gautier el palio.

El Papa escogió por asilo la Francia tan generosamente consagrada en todos tiempos á la iglesia romana, y se embarcó el segundo dia de Setiembre acompañado de seis cardenales y de algunos señores romanos con su comitiva. Descansó en Pisa, donde fue recibido con grandes honores, y predicó con una elocuencia que justificó la opinion que el Papa Urbano habia formado de sus talentos. Algunos dias despues se volvió á embarcar, y llegó felizmente á la Provenza y al puerto de San Gil, donde el abad Hugo llegó á recibirle con su comunidad, pagándole con liberalidad todos los gastos que tuvo que hacer en la larga mansion para descansar de las fatigas del mar. Allí concurrieron todos los obispos del país, mucha nobleza y gente sin número de los pueblos á ofrecerle sus obsequios. El Papa habia escrito al abad de Cluny que elegia su monasterio para residir mientras permaneciese en aquel reino, y Ponce que no era menos generoso que el abad de San Gil, y que

(1) *Gelas. II. Epist. 4.*

por otra parte gustaba mucho de lucir, fue apresuradamente á presentarse al Pontífice. El abad Hugo regaló al Papa diez caballos, y Ponce treinta; le proveyó de los carruages necesarios para el viage desde San Gil á Cluny, y quiso correr con todos los gastos de aquel largo camino, no solo del Papa, sino tambien de los cardenales de su comitiva.

43. Pero nada dió mas consuelo á Gelasio que la llegada de un señor aleman jóven, que habia renunciado las grandezas del siglo para entregarse á la humildad y á todos los rigores de la cruz de Jesucristo (1). Lamábase Norberto, era natural de Santen en el ducado de Cleves, se habia agregado á Federico, arzobispo de Colonia, con el fin de recibir el diaconado, y estaba en la corte del Emperador. La naturaleza y la fortuna le habian dado todas las ventajas necesarias para agradar en el mundo; una sangre ilustre, muchos bienes, gusto á la magnificencia, y todas las gracias del talento y del genio juntas á las de la figura; pero si tuvo tantas cualidades para agradar en el mundo, el mundo no dejó de agradecerle á él mas de lo que debia. Constituido en el clericalo, hecho canónigo y disfrutando de muchos beneficios, toda su renta la empleaba en el lujo y en las diversiones: los empeños sagrados de su estado se ofrecian siempre á su imaginacion como el medio mas grato de satisfacer su ambicion, elevándose por medio de las dignidades pacíficas de la Iglesia á las primeras clases del imperio.

(1) *Bolland. die 6. Jun.*

Un dia yendo á caballo, vestido con su acostumbrada elegancia, á divertirse al campo en una concurrencia festiva, fue sorprendido por una tempestad espantosa, que le pareció tener algo de extraordinaria; un criado fiel que le seguia, y que no separaba los ojos de la nube, le avisó repentinamente que se volviese atras; al mismo instante el rayo cayó á sus pies, derribó al caballo y al caballero, é hizo un hoyo profundo en la tierra. Norberto quedó tendido sin conocimiento por mas de una hora, despues de lo cual, volviendo como de un letargo, á ejemplo de Saulo arrepentido exclamó: *Señor ¿qué queris que haga?* Y una voz penetrante le hizo oir interiormente estas palabras del salmo: *sepárate del mal, haz lo que es bueno, y busca infatigablemente la paz.* En el instante formó el designio de fijar todos sus afectos en Dios, y se volvió á su casa resuelto á una conversion perfecta.

Retiróse por el pronto al monasterio de Sigeburg cerca de Colonia, para hacer allí el aprendizaje de una vida nueva, y disponerse á reparar el escándalo de su vida mundana. Persuadiéndose bien pronto despues que haria mas fruto recibiendo el sacerdocio, fue á buscar al arzobispo Federico, y le suplicó que le ordenase de diácono y de sacerdote en un mismo dia. El arzobispo sorprendido de este empeño en un hombre que tan constantemente se habia resistido á recibir estas órdenes en ocasion de habérselas ofrecido, le preguntó la causa de tan repentina mudanza. Norberto se arrojó á sus pies, confesó con lá-

grimas todas sus culpas, y le declaró la resolucion que la divina clemencia le habia inspirado. Federico, quizás llevado algun tanto de la amistad que profesaba á Norberto, creyó que en efecto habia inspiracion en una conducta tan particular, y que casi podia dispensarse de las reglas comunes. En el momento de la ordenacion, cuando el sacristan entregó á Norberto como á los demás ordenandos los ornamentos con que habia de revestirse, tomó de uno de sus criados una pellica de pieles de cordero, que habia hecho llevar secretamente, y dejando entonces el rico vestido que llevaba, se vistió con aquella pellica tenida por muy despreciable, segun las ideas de aquel tiempo y de aquel pais. Hecho esto, recibió del sacristan los ornamentos eclesiásticos, y despues de la ceremonia, se volvió al monasterio de Sigeburg, donde durante un retiro de cuarenta dias, se ejercitó en las funciones de las órdenes que acababa de recibir, y mucho mas aun en la oracion y en todas las prácticas mas á propósito para poder cumplir con todas sus obligaciones.

Inmediatamente despues pasó á su patria á servir en la Iglesia de Santen, de donde era canónigo. El dean y todo el capítulo suplicaron al nuevo sacerdote que celebrase la misa mayor, y él aparentó recibir con mucho gusto aquel honor; pero despues del Evangelio hizo un discurso patético en que, sin señalar á ninguno en particular, insistió principalmente sobre los vicios y defectos habituales de sus compañeros. Al dia siguiente, hallándose en el ca-

pítulo, dirigió la palabra al dean, y recordándole los principales artículos de la regla canonical, le representó la obligacion en que estaba de conducir á los demás por el camino recto. Algunos canónigos juiciosos y amigos de la virtud, aplaudieron la fuerza de sus razones, ó por lo menos el principio de su celo; pero muchos, especialmente los jóvenes, se mofaron, guardando sin embargo alguna atencion en su presencia; bien que esta moderacion forzada no duró mucho tiempo. En los capítulos siguientes habiendo vuelto el santo á reprender las faltas y escándalos que no se podian desconocer ni disimular, quedó notado para lo sucesivo de censor incómodo, y la acrimonia llegó á tal punto, que un simple clérigo le llenó públicamente de injurias y le escupió en la cara. El santo se limpió sin proferir una palabra, aunque el que le habia ofendido, dice un historiador del tiempo, era de tan baja condicion, que si Norberto le hubiese hecho arrojar al lodo por sus criados de cocina, todo el mundo lo hubiera aplaudido. El piadoso canónigo fue insultado en otras muchas ocasiones por personas de todos estados á quienes sus egemplos y sus predicaciones eran insoportables; pero él siempre hizo consistir sus delicias en sufrir por el nombre de Jesucristo y por la salud de sus hermanos. La pobreza de sus vestidos tanto como la impunidad, animaba la osadía y la insolencia; pero él no esperaba los progresos del Evangelio sino de los medios con que se habia establecido, y no buscaba su consuelo sino en Dios ó en sus siervos fieles,

que el Señor reservaba en algunos monasterios y ermitas de la comarca.

En el año de 1118 se celebró un concilio en Frisar, en el cual hicieron los padres comparecer á Norberto, y le reprendieron porque predicaba sin mision, y afectaba una singularidad chocante, dando á entender en esto la pellica de piel de cordero, y hacia la vida de un religioso. Despues de una corta justificacion que no se le aprobó, se disculpó de todos estos cargos con la docilidad mas humilde y mas puntual, y entonces hizo dimision de sus beneficios, vendió sus tierras y sus muebles, y distribuyó el precio entre los pobres: en lugar de la pellica tomó una túnica tosca de lana blanca y un manto del mismo color; y en cuanto á sus trabajos apostólicos, partió inmediatamente con este trage grosero y con los pies descalzos á pedir que autorizase su mision el Papa que estaba en la Provenza.

Lo primero que pidió al Pontífice fue la absolucion de la culpa que habia cometido en recibir sin la instruccion necesaria el diaconado y sacerdocio en un mismo dia. Despues le propuso la vocacion que creía haber recibido del cielo para santificarse á sí mismo, trabajando en santificar á los demás. Gelasio no solo se enterneció al ver tan maravillosa piedad, sino tambien descubrió tanto juicio y tanta prudencia en medio de aquel santo entusiasmo, que quiso agregarle á su corte como un genio superior muy á propósito para servirle en los negocios difíciles en que se veía empeñado; pero Norberto le suplicó deshe-